

# MARIO

## Y EL SECRETO DEL PORTAL



# MARIO

## Y EL SECRETO DEL PORTAL



m̄r



© vMario, 2023

Edición y fijación del texto: Noa Velasco Domínguez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.mrediciones.es](http://www.mrediciones.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta e interior: © Juan Francisco Cabrera López, 2023

Diseño de interior: María Pitironte

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-270-5074-7

Depósito legal: B. 289-2023

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Liberduplex

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# ÍNDICE

- Capítulo 1. **Tentáculos en el cielo, 10**
- Capítulo 2. **Supervivencia en las cuevas, 22**
- Capítulo 3. **Una voz de otra dimensión, 36**
- Capítulo 4. **Un sonido áspero, crujiente y silbante, 48**
- Capítulo 5. **Una chica más rara que un perro verde, 62**
- Capítulo 6. **Una tumba bajo el agua, 75**
- Capítulo 7. **No me llames chica, 89**
- Capítulo 8. **En este campamento hay gato encerrado, 103**
- Capítulo 9. **Sígueme la corriente, 117**
- Capítulo 10. **El equipo al completo, 129**
- Capítulo 11. **El juramento sagrado del cerrajero, 143**
- Capítulo 12. **Gruñidos, rugidos y rayos láser, 156**
- Epílogo. **Los vilchejos, 170**



CAPÍTULO I

# TENTACULOS EN EL CIELO

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? —murmuró vMario mientras se palpaba un par de chichones en la cabeza—. ¿Qué hago en medio de estas ruinas antiguas?

Pero aquellas ruinas no eran antiguas. Lo descubrió con horror cuando reconoció los restos de lo que hasta esa mañana había sido su casa. Eran unas ruinas muy recientes.

—**¿Cuánto tiempo ha pasado?** —se preguntó.

El sótano estaba hecho un desastre. ¿Qué había pasado? ¿Es que habían llovido elefantes? El suelo estaba lleno de escombros, las estanterías habían vomitado todos los libros y el techo amenazaba con venirse abajo en cualquier momento. Y el aspecto de vMario no era mucho mejor.



—¡Pero si me he hecho viejo durmiendo! —gritó cuando se vio en un espejo medio roto.

Tras sacudirse el pelo, el polvo blanquecino que lo cubría se fue y le devolvió su tono castaño. ¡Eso era otra cosa! Aunque todavía estaba algo aturdido y, además, sentía el cuerpo como si se lo hubiera dejado en la entrada del parking y todos los coches del pueblo le hubieran pasado por encima. Intentó salir de aquella ruina de sótano, pero la escalera había quedado completamente bloqueada por los escombros.

Nunca había visto aquella puerta mal cerrada. Aquel día, antes del desastre, era la primera vez que había logrado entrar. Siempre que había preguntado a su abuela si podía hacerlo, esta le había dicho que no, que eso era imposible. Y vMario le había respondido cada vez:

—**Lo siento, abuela,** pero algún día entraré. ¡Nada me detendrá!

Hasta ese momento había conseguido detenerlo el cerrojo. Así que esa mañana vMario se había puesto la capucha y las gafas de sol como cada vez que se disponía a hacer una de las suyas y quería pasar desapercibido. Aunque con una sudadera naranja y esa montura verde no era precisamente un ninja.

Estaba bajando cuando se pegó el primer susto del día (y ese día fueron muchos sustos). Un estruendo de sirenas llamaba a todo el pueblo para que se reuniera en el ayuntamiento. ¡Tenía que ser algo muy gordo! Dudaba si darse la vuelta, cuando llegó otro susto. La tierra tembló, el cielo atronó y todo se vino abajo, incluido vMario, que cayó escaleras abajo.

—Estoy vivo gracias a eso. Si no llego a estar en el sótano, se me cae la casa encima.

vMario sonrió por primera vez. Aquella era una frase que había escuchado decir a su abuela alguna que otra vez, aunque nunca había sido tan literal.

—He esperado mucho tiempo para poder echar un vistazo a este sótano. ¡Nada me detendrá! —repitió—. Ni siquiera el fin del mundo.

Entre los escombros descubrió tesoros increíbles dignos de aventuras trepidantes, artefactos de todo tipo, figuras talladas de países exóticos con colores brillantes e incontables mapas y libros.

—**¿Y esto?**

Solo lo había visto alguna vez de pasada y jamás había llegado a ponerle un dedo encima. ¡Era el diario supersecreto de su abuela Maruja!

—GG! —dijo vMario, como si hubiera ganado una partida.

No esperaba que su abuela hubiera escrito el típico diario, en plan «Hoy he ido al mercado y he comprado judías» o «Quiero muchísimo a mi nieto vMario. Es un crack». Sin embargo, lo que encontró no se lo habría esperado ni en un millón de años.

—¡Mi abuela es muy pro! —se oyó decir sorprendido.

El diario contaba historias increíbles sobre civilizaciones más allá de las estrellas, estaba llena de anotaciones, dibujos, mapas y unos símbolos rarísimos.

—Todo esto es muy preciso. O lleva meses confundiendo la medicación, o de verdad mi abuela ha estado en esos sitios.



No, no podía ser. Era solo su desbordante imaginación, ¿verdad?

—**iEh, espera!** Yo he visto antes estos símbolos. Son... La cabeza aún le daba alguna que otra vuelta, así que su memoria iba y venía como una noria.

—Vil... che... jo. ¡Vilchejo! —exclamó al fin.

La alegría le duró poco. Aunque había logrado recordar aquellos símbolos, no era capaz de leer casi nada.

—¿Aquí pone: «Televisor de goma está dinosaurio silbador»? No, no puede ser. No tiene ningún sentido —se rindió.

vMario no podía creerlo. No había visto aquel idioma de símbolos desde que era un enano. Y era su abuela Maruja quien se lo había enseñado:

—Es una lengua muy antigua —le había dicho su abuela años atrás mientras le ayudaba a ponerse la mochila del cole.

—**¿Tan antigua como tú?** —le preguntó vMario muy serio.

Ella se rio y le revolvió el pelo.

—Más todavía. Mucho más.

—Voy a tener que ponerme la capucha para que dejes de despeinarme, abu —se quejó el pequeño vMario.

El vMario mayor sonrió con ternura sentado entre cascotes.

—Espero que estéis bien Arniches y tú —murmuró.

Desplegó un mapa especialmente gastado y al instante reconoció su pueblo en él.

—¡Mira, esta es... era mi casa! Y esto es... ¿Qué es esto? ¿Desde cuándo hay unas cuevas bajo el bosque?

vMario meneó la cabeza. Su abuela siempre había tenido mucha imaginación, desde luego, pero aquello era pasarse. Llegó al final del diario e iba a dejarlo cuando se fijó en una palabra que le erizó los pelillos de la nuca: *invasión*.

### —¿Cómo? ¿Quién?

Como el diario no le respondió en voz alta, decidió leer él mismo aquella inquietante página del final:

*Lo que hemos interceptado con la radio interdimensional no deja lugar a dudas. La invasión alienígena va a tener lugar en cualquier momento de los próximos días. Los padernígenas se están quedando sin oxígeno y han descubierto que es algo que abunda en la Tierra.*

*Les hemos ofrecido nuestra ayuda y hospitalidad, sobre todo cuando pensábamos que lo necesitaban para respirar y que sin él estarían condenados. Sin embargo, estos seres apenas consumen oxígeno al respirar. La razón para la invasión ni siquiera es la supervivencia: solo lo quieren como combustible. Su tecnología es muy avanzada y tienen todo lo necesario para robarnos el oxígeno de este planeta y llevárselo al suyo. Padérnix S3.*

*Así que me temo que... tenemos un problema.*

*Si son capaces de viajar a través de la galaxia y robar el oxígeno de un planeta, debemos dar por hecho que no somos rivales para ellos, así que no es una batalla que podamos ganar. Todavía.*

*He trazado un plan para escapar cuando lleguen. Vamos a ir a...*

—**¿Vamos a ir adónde?**— preguntó vMario a la última página arrancada del diario, que era la única capaz de darle una respuesta, pero no estaba por ninguna parte.

Miró a su alrededor. ¿Y si su abuela tuviese algo más que imaginación? ¿Y si tuviera razón?

Y por primera vez empezó a sentir verdadero miedo.

—**Estoy flipando**— dijo en voz muy bajita—. Esto no está pasando, ¿verdad? Habrá sido solo un terremoto.

No estaba dispuesto a quedarse allí a comprobarlo. Si su abuela tenía razón, nadie vendría a rescatarlo. Incluso corría peligro si se quedaba.

Si la escalera estaba bloqueada, buscaría otra salida. Miró a su alrededor: una bombilla parpadeante colgaba de media viga rota sobre su cabeza. Sin embargo, el techo no estaba tan destrozado como había creído al principio. Por encima de las vigas había un material metálico que había resistido el ataque y no se había despeinado en absoluto.

—**¿De qué está hecho eso?**

Se acercó a una pared y vio que tras la pintura estaba hecha del mismo material. ¡Era superduro!

—Esto lo ha construido mi abuela— recordó vMario.

Por supuesto, su abuela tenía algo más que imaginación. Aquella mujer fuerte, valiente e ingeniosa era mucho más de lo que parecía a simple vista.

—Como este sótano.

Si su abuela lo había tenido engañado tanto tiempo, ¿por qué no iba aquel sótano a ser un lugar con sus propios secre-

tos? Saltó por encima de varios muebles que ya apenas servían como leña y algunas maletas que habían visto más mundo que él. Palpó las paredes en busca de algo sospechoso y encontró a ras de suelo una rejilla de aire bloqueada por un montón de libros viejos y fotografías de constelaciones. En el momento en el que logró abrir la rejilla, llegaron hasta él unos ladridos.

—**iArniches!** —gritó de alegría.

—iGuau, guau, guau, guauuu! —ladró su perro al otro lado, también emocionado.

Tenía que haber un modo de salir. Además, empezaba a sentir que se ahogaba ahí dentro y el conducto de ventilación no le aportaba más oxígeno. ¿Sería culpa de la invasión? vMario metió un brazo, apenas cabía nada más. Sin embargo, su mano palpó un botón.

—Menudo sitio más raro para poner el mando del aire acondicionado —se extrañó.

Lo pulsó y al instante se abrió una trampilla en otra parte de la pared.

—Tengo muchas preguntas para ti, abuela —dijo mientras cogía el diario y abandonaba el destrozado sótano.

**Al otro lado**, en lo que antes había sido la cocina y ahora eran tres paredes y una encimera, Arniches lo recibió dando pequeños brincos. Cualquiera que lo viera tardaría un rato en decidir si Arniches era un perro disfrazado de cerdo o si se trataba en realidad de un cerdo disfrazado de perro. Por eso, vMario había decidido que se trataba de un «perdo» y le decía cariñosamente que era dos veces animal. O como en aquella ocasión:

—¡Gorrino como un cerdo y leal como un perrete! Ese es mi bro: te has quedado para ayudarme a salir.

Arniches se le tiró encima con su enorme cuerpo y le lamió la cara.

—**iAy!** —se quejó vMario entre risas—. Tío, eres la mitad que yo y pesas como si se me hubiera caído encima otro sótano.

Arniches ladeó un poco la cabeza molesto y dio un gruñidito de indignación, que se le pasó en cuanto vMario lo abrazó y le dio unas palmaditas que hicieron resonar su cuerpo.

—No sabes cómo me alegro de que estés bien, Arni. ¿Has cuidado de la abuela?

Arniches bajó las largas orejas y puso cara de pena. vMario sintió un pinchazo de preocupación.

—No pasa nada, bro. La llamo y ya está.

Cogió su móvil, que se había estado cargando sobre la encimera antes de que el enchufe desapareciera junto con todo ese muro. Sin embargo, la señal estaba completamente frita y tampoco lograba conectarse a internet. Probó de nuevo, se dio la vuelta y casi se le caen al suelo el teléfono y la boca.

—La abuela tenía razón —dijo casi sin voz.

Su pueblo estaba destruido.

En Villa Diorita no quedaba ni un edificio en pie y de su casa solo existía esa cocina. La zona de cultivos parecía ahora un vertedero. Todo lo que podía tener algún valor había desaparecido. Incluso lo más valioso: la vida. No había ni rastro de los habitantes del pueblo, era como si los hubieran secuestrado a todos y solo hubiesen dejado a cambio una enorme nube de polvo rojizo.

—**iCof, cof!** —tosió vMario antes de taparse la cara—. Apenas se puede respirar.

El pobre Arniches estaba con la lengua fuera. Iba a darle un ladrido de ánimo y de pronto...

## **¡BUUUUUM!!**

El suelo volvió a temblar como la primera vez. vMario no tenía palabras: era la primera vez que veía una explosión sin fuego. Y de pronto, en aquel cielo cubierto sin sol, vio a los culpables.

¡Los padernígenas! ¡Todo era cierto!

Las naves eran gigantescas, alargadas, con morros afilados. De ellas salían unos tentáculos gigantes que aspiraban el oxígeno y lo transportaban hasta enormes burbujas. vMario estaba paralizado viendo cómo las burbujas se desplazaban por el exterior de las naves a medida que se llenaban.

—Debo de estar soñando —murmuró—. Todo esto es una pesadilla. ¡Ay!

La intención era buena, pero por más que Arniches le mordiera el pie, vMario no iba a despertar. Aquello era real.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que no podamos dar ni un suspiro —dijo con mucha prisa—. Tiene que haber un lugar en el que quede aire para respirar.

Se puso su chaqueta negra y en una mochila metió comida para los dos, algo de agua, semillas... y el diario con el mapa del pueblo. Entonces recordó lo que había visto.

—**iLas cuevas!** Allí estaremos a salvo de todo esto, Arni.

—**iUuuuuu!** —coincidió Arniches.



Una nave apareció sobre ellos. Era mucho más pequeña que las otras, como un cachorro de nave con tentaculitos, aunque grande como un autobús. Y mucho más letal.

—**iCuidado!**

Apenas le dio tiempo a empujar a Arniches y rodar a un lado cuando los disparos láser zumbaron a su alrededor. ¡Zum! ¡Zip! ¡Zumba! Los disparos abrían agujeros en el suelo tras ellos. Se metieron en la nube de polvo y corrieron hasta que tropezaron y cayeron. Los zumbidos se acercaron cada vez más... y de pronto se detuvieron.

—¿Los habremos despistado?

Respondiendo a su pregunta, otra nave apareció y soltó una bomba a pocos metros. Fue una explosión sin fuego. Luego hubo otra. Y otra después.

—¡Hacia los árboles! —gritó vMario.

Pero aquellos árboles seguían estando muy lejos y apenas podían respirar.



